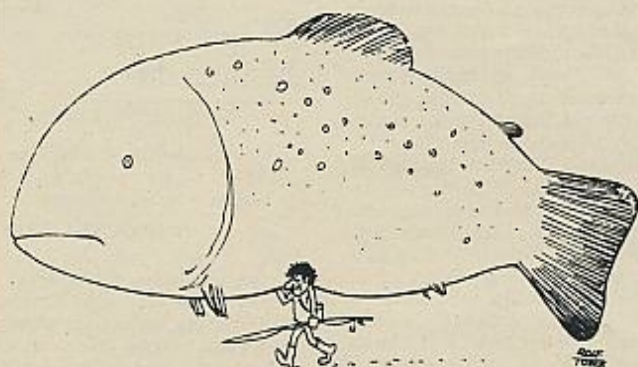
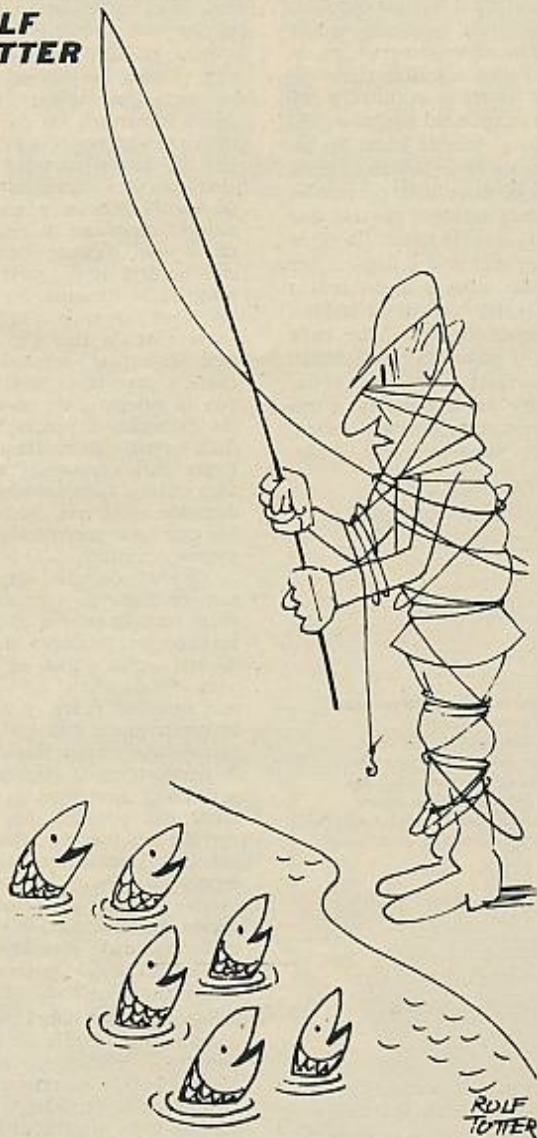


# PAN Y TOROS

**ROLF TOTTER**



y el henchido terrateniente, el morigerado caballero católico y la rubicunda turista luterana! Las corridas de toros son una escuela de buenas costumbres. Ya lo decía el padre Mariana en su tratado «De Spectaculis»: «Prefiero cien veces a esas mal llamadas fiestas (se refería al teatro), las de los toros, donde, cuando menos, se embravece el ánimo de los que contemplan aquella no interrumpida serie de triunfos y peligros».

Pero no todos los españoles opinaban lo mismo que el padre Mariana. Jovellanos atribuía a los toros el origen de la pereza nacional. A Baroja le parecía repugnante que «un cobarde pueda comprar con dinero el derecho de ver cómo otro hombre se expone a que lo maten». Y aquel heroico y desafortunado antitaurino llamado Eugenio Noel afirmaba que de las plazas de toros salen, entre otros frutos, «la mayor parte de los crímenes de la navaja», «la pornografía sin voluptuosidad, ni arte, ni conciencia», «esa definición extraña del valor que se concreta en la palabra riñones y que ha sido y será el causante de todas nuestras desdichas», «nuestro ridículo donjuanismo» y —no acierto a establecer una clara relación de causa a efecto— «la trata de blancas» y «el teatro del género chico».

O todo o nada. España es un país de virulentos extremismos. La verdad es que llevamos tantos siglos practicando fórmulas extremistas, que, claro está, no vamos a ser únicamente moderados en los toros. Incluso dentro del meollo de la Fiesta se dan y se buscan premeditadamente los antagonismos irreconciliables: la tauromaquia —dicen los exégetas— ha conocido sus épocas de mayor esplendor cuando existía una rivalidad profesional en el ruedo: «Cúchares» y «El Chiclanero», «Lagartijo» y «Frascuolo», «Bombita» y «Machaquito», «Joselito» y Belmonte... Pero esa rivalidad no solía tener lugar entre los dos diestros, sino entre los seguidores de uno y otro. Belmonte, refiriéndose a «Joselito», contaba: «Cuando nos encontrábamos a solas en los trenes, charlábamos íntimamente, con una fraternidad y un cariño que hubiesen parecido imposibles a gallistas y belmontistas».

Es, pues, el público el que realmente se apasiona. A favor o en contra del torero, eso es lo de menos. Lo importante es apasionarse. Las ovaciones delirantes están permitidas en cualquier acto público, pero el pateo y la bronca, no. El fútbol y los toros son dos privilegiadas excepciones. La increíble capacidad imaginativa del español para la injuria

verbal presenta en las corridas de toros un riquísimo muestrario: desde el espectador desabrido que, cuando todos aplauden, dice que no con el dedo y añade secamente: «No, "Currito", eso no es torear», hasta el apoplético rugidor que vilipendia a la señora madre del matador de turno. En el otro extremo —en el del entusiasmo— encontramos al adusto y sabio aficionado que, por toda expresión de complacencia, hace gestos afirmativos con la cabeza; pero también hallamos al fanático convulso, que arroja al ruedo, cuando pasa el torero bajo su tendido, zapatos, botas de vino, chaquetas, sombreros y toda clase de objetos y prendas personales. Sí, el respetable público deja de ser respetable cuando ocupa una localidad en una plaza de toros. No sé si pensar, como Eugenio Noel, que las grescas taurinas son un desahúe contra la miseria, la política y la ignorancia. Algo de eso hay. Es la doble vida del español, la secreción virulenta de la bilis almacenada día a día en el quehacer habitual, la explosión incontenible de dos o tres semanas de malestar, el grito legal, el exabrupto santificado por trescientos años de arte taurómico, el recurso del pataleo.

Ultimamente, la Fiesta no parece atraer demasiado a ciertos sectores de la sociedad española. Las nuevas generaciones parecen interesarse más por otro tipo de diversiones: los clubs, el cine, la práctica de algún deporte... Se ha intentado explicar este fenómeno a causa del elevadísimo precio de las localidades en las plazas de toros. Sin desear por completo esta razón, creo que la juventud ha vuelto la espalda a la Fiesta por una simple cuestión de mentalidad: la arquitectura socio-cultural de la tauromaquia no responde a las exigencias ideológicas del mundo en que vivimos. Los toros están comenzando a convertirse en una reliquia artístico-arqueológica.

Por eso, los únicos que realmente se benefician espiritualmente de la Fiesta son los turistas. Vienen, ven la corrida, se vomitan o no en la suerte de puyas, aplauden o no, sacan fotografías en color, compran un cartel de toros y unas banderillas de juguete, escriben una tarjeta a sus amigos contándoles «honestly and undauntedly» cómo es un «bullfighting», se toman unas copas de vino y se van de nuevo a su tierra. Ellos son los que en realidad ven los toros desde la barrera. Porque a nosotros, los celtíberos, cualquier día de éstos nos puede saltar un estoque y clavársenos en todo lo alto. ■ S. R. S.